19 de julio

David Huerta

Escúchame: detén estas palabras
y observa en ellas
los restos de las cuchilladas
—blancos óvalos, vírgulas de llamas.

Escúchame.
Ahora el agua
llega a tus manos.

La Belleza es un fulgor
en la cara interna de los huesos,
un deshielo de Tibet
que se derrama en los dedos muertos.

Escúchame: traza el amor
de tus sueños en mi boca.
Y toma de mis labios
la negrura de la sobrevivencia,
los áridos residuos de los días,
el áspero gozo de los bailes mortales.

(Recogemos las ardientes
acumulaciones.
Dormimos desdibujados. La fatiga
es un ámbito sagrado.
Jadeamos. Un esplendor
nos rodea.)

Desde tus manos,
el agua se difunde
hasta los labios de los espejos.

El Mundo reposa
en las clavículas del Fuego.

Las aves vuelan:
imágenes
en el cielo de mi cabeza.
Cortan el aire azul
y evolucionan

—lentos chispazos
debajo de la llanura metálica
de la Sobrenaturaleza.

Hay una hoguera en la sombra,
rayas de plata de la madrugada
en la neblina magnética,

un enceguecimiento: flores,
tus manos en la lejanía. ♦

Habitación 607